

Melesio Moreno Ramos

por Manuel López Pérez

Nuestra pluma escribe afirmando con el vulgo: Melesio Moreno Ramos ha muerto, porque lo dejamos en su tumba, el viernes último, en el panteón español. A esta evidencia se suman otros elementos de constatación: vimos anegados en llanto los ojos de su esposa, el gesto doloroso en la faz de sus hijos quienes, retrasándose al retirarse el cortejo, fijaban la mirada angustiosa sobre las tierras removidas en que descansaban las ofrendas florales, como reclamando al muerto rezagarse — no queremos creer lo que acontece cuando no lo deseamos — en el regreso al hogar, para ocupar su sitio de siempre, al lado de la madre; formulando plásticamente esta expresión verbal: — Padre, ¿cómo tú, tan dinámico, con tu inmovilidad te has complicado en tu sepelio; cómo tú, tan coloso en tus amores, nos dejas ir solos; como tú, batallador incansable y victorioso, no quebrantas esa pacífica postura de tu cuerpo ya cente?

Melesio Moreno Ramos ha muerto, repetimos con el vulgo, pero nuestra conciencia dista mucho de corroborar la afirmación. Cuando el sepulcro, como una boca de labios grises, comulga con el cuerpo que se le entrega, la energía condensada en ese cuerpo va a trabajar en un nuevo ciclo que nada tiene que ver ya con el nuestro, en el oleaje de las generaciones. Lo que el ser desaparecido era antes de su tránsito sigue viviendo, porque perdura su creación: creación en cuerpos o espíritus, como enseñaza Platón. Los dispositivos de su alma que se nos manifestaron en la conducta viva, en su personalidad: pensamiento, voluntad, sensibilidad, no se van al sepulcro, sino que continúan al ser heredados a los seres de su creación, porque realmente se transmiten no sólo con matemática integridad, sino superados en cuanto dispuestos para encontrarse actuando en campos más elevados, produciendo nuevos florecimientos al realizar la coordinación de afinidades superiores. Nos repugnan los manidos consuelos a base de asegurar que el muerto vive en el recuerdo. Nadie vive en un retrato mal hecho. Al hombre que desaparece hay que buscarlo vivo en la entraña de los seres que engendró: en nuestro pensamiento, en nuestra voluntad, en nuestra sensibilidad. Esto es lo valioso, esto es lo positivo. Con este logro llegaremos a la convicción de que vive. Sólo lo negativo muere y ello porque no es amable, en la memoria.

Aquello que existe, pero como nadie lo ama nadie lo evoca, nos enseña el filósofo, decimos que muere, porque se confunde así con la nada. Y sin embargo, aun el mismo mal, lo negativo por antonomasia, coopera a destacar la ejemplaridad del bien. Gratitud eterna debemos al pensador que nos enseñó que la humanidad necesita más que im-

perativos categóricos, un intenso amor por la belleza de espíritu. La Ética resulta así una obediencia a los altos ejemplos. Si tenemos entonces la capacidad de realizar el afán de aproximarnos, comprendiéndolos e imitándolos, a hombres heroicos al servicio de la verdad, del bien o de la belleza; si en nuestra propia entraña ellos nos pusieron su pensamiento, su voluntad y su sensibilidad, ¿en dónde está la muerte?

Recordemos ahora a Melesio Moreno Ramos haciendo en su honor la más sencilla, pero la más valiosa de las afirmaciones: fué un hombre. Y eso basta, como hubiera cantado en magnífica estrofa el poeta de "Yarabí". Personalidad tremendamente enérgica. Su pensamiento era diáfano en el mundo de lo concreto; fué dueño de una inteligencia agudísima, con el sello práctico, característico de la inteligencia cuyo destino, concebida como independiente de toda resistencia o de todo contrapeso al proyectarse en la acción, se retrataría en la ambición que contiene el postulado que resume afán de dominio en el orden específico: lo más con el menor esfuerzo. Maestro en la combinatoria, lo era en función de que su inteligencia percibía con sutileza las relaciones entre las personas y las personas; entre las cosas y las personas, entre las cosas y las cosas. Estas relaciones captadas sintéticamente en su aptitud para integrar conjuntos, lo que implica también su captación con metódica analítica, le daba su combinatoria, y ésta su éxito. Así, fue diestro en la política y en el comercio.

Personalidad enérgica tenía que ser la de un hombre con voluntad firmísima. Intenso y constante era su "querer" al grado de convertirse en avasallador. De la carga cuántica de su voluntad nacía, complicando ya la inteligencia, su afán de "control" en todos sentidos. No toleraba una intromisión, por inocente que fuera en "su" distrito cuando fué político; su discreción llegaba al misterio en el trato de "sus" asuntos; ni el más insignificante dato quería aportar relativo a su vida pública o privada, si consideraba que podía rebajar "su" ascendiente en el ánimo de quienes lo trataban por cualquier razón; celoso fue en sus amores de sa-

80

pag 52

Melesio Moreno Ramos.

30 de marzo de 1955.

dre y de esposo, pero no en el sentido bajo y vulgar, sino al ser "absorbente", acaparador insaciable de la atención de "su" esposa y de "sus" hijos. Este exclusivismo lo extendía a todas sus relaciones de trato. Tal engendra el astro su campo gravitatorio. Una vez más subrayamos la enérgica personalidad de Don Melesio Moreno, al examinar su sensibilidad. Inteligencia clara hacia lo concreto, voluntad fuerte obedeciendo a tal inteligencia con objetivos prácticos, su sensibilidad era muy fina, muy sutiles sus capacidades de registro. Percibiendo hasta el más insignificante estímulo, una vez con la serie de sus experiencias —velocísima sucesión— su inteligencia combinaba y valorizaba, mientras su voluntad apuntaba la dirección. Hiperestésico, indudablemente. Era susceptible, alterable, caviloso. Sensibilidad siempre alerta más tendencia al "control", más pensamiento combinatorio, tendría que dar cálculo, previsibilidad exagerada, desconfiado celo. Carácter difícil, dada la naturaleza de los elementos de integración causal.

Pero que fuera difícil su trato, sobre todo si era permanente, no quiere decir que fuera otra cosa sino lo que ya hemos dicho: un hombre. ¿Y qué hizo?

III

—Sencillamente, cumplió con su deber.

Buen hijo, buen hermano, buen padre, buen esposo.

Buen ciudadano, buen político. Hombre bueno.

Lo conocimos cuando era Diputado al Congreso Local de nuestro Estado, el Estado de Ocampo. El nos inscribió en la Universidad Michoacana y nos obtuvo —representamos un caso entre cuarenta— la pensión que nos permitió llegar a profesionistas. Con él, cefida la primera arma al cinto, recorrimos en jornadas cívicas los pueblos de nuestro distrito que era el... 17° el de Purépero. El nos inspiró y exigió las primeras arengas a los pueblos, bravas e ingenuas. Con él fuimos visitando una a una todas las comunidades agrarias de nuestra demarcación política, preparándolas con el perfeccionamiento de su función como unidades económicas, para que se convirtieran también en unidades responsables del poder que un día les en-

tregó en los Municipios. Con él visitamos escuelas llevándoles el auxilio oficial que como diputado canalizaba. Guiados por él orientamos a las multitudes revolucionarias campesinas para que respaldaran a los hombres de la Revolución como Alvaro Obregón, como Plutarco Elías Calles, como Lázaro Cárdenas.

El nos llevó de la mano, sin avergonzarse de nuestras deficiencias y de nuestras torpezas, a estrechar la mano gloriosa de Obregón, la creadora de Calles, la agitadora de Lázaro Cárdenas. Nos hizo permanecer por varias horas —las que estos hombres duraban en territorio del distrito— como guardias personales suyos, en nombre de la cortesía, con un espíritu paternal de estímulo para nosotros. Melesio Moreno Ramos sufrió nuestras molestias como un producto de nuestra inquebrantable rebeldía. Levantó con su influencia expulsiones dictadas contra nosotros por autoridades universitarias, vigiló nuestros estudios, atendió a nuestras diversiones, nos guió con sus consejos, nos procuró oportunidades, cultivó nuestro carácter: nos dió en resumen, lecciones de hombría.

Y cuando tenemos la convicción de ser como él quiso que fuéramos y ello nos ha adornado el orgulloso blasón con sangre de sacrificio, ¿el sentido común viene a decirnos que ha muerto?

Miente el sentido común. Vivir es optar, decidirse constantemente, y ayer, hoy y mañana estuvimos, estamos y estaremos decidiéndonos con la fuerza que él nos descubrió y nos enseñó a desarrollar. Está, pues, vivo. Y como solíamos hacerlo los sábados de nuestra vida estudiantil, hoy ante nosotros, es decir ante él, venimos a informar:

—Señor, tenemos el título profesional que tú indicaste y para cuyo logro nos diste tu ayuda.

Somos humildes emborrondadores de cuartillas y llevamos por lema el verso de Marquina: Una osadía: la pluma, y una esperanza: la flor. Tenemos una prole grande en un hogar humilde, y a ella consagramos la totalidad de nuestro esfuerzo y en su honor sacrificamos todo. Hemos combatido toda nuestra vida por lo verdadero, por lo bello y por lo bueno.

Hemos honrado a nuestra tierra con la palabra, con la conducta, con la pluma que ha ofrecido prosa y verso a las almas.

No hemos robado a nadie. No hemos matado a nadie. No hemos engañado a nadie.

No nos hemos doblado jamás. Como D. Quijote hemos amado a Dulcinea. Como al Manchego, podrán quitarnos el triunfo, pero el esfuerzo nunca. Así, pensamos morir vencidos de todos, pero vencedores de nosotros mismos.

¿Estás satisfecho, Señor?

¿Sí? Nosotros también estamos contentos de nosotros mismos.

81